

# Diablotexto **Digital**

MIGUELANXO PRADO: *PRESAS FÁCILES*  
Barcelona: Norma Editorial / El Patito Editorial, 2016, 96 pp.

MANUEL BARRERO  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA / TEBEOSFERA

Uno de los pasajes clave de la película *The Wolf of Wall Street* (Martin Scorsese, 2013) es cuando el protagonista, brillantemente interpretado por Leonardo DiCaprio, está seduciendo a un futuro cliente por teléfono mientras escenifica un exagerado acto de sodomía sobre ese mismo cliente. Se trata de un momento de elevada crueldad moral que se plantea en clave cómica, llevado a cabo por un presunto experto en inversiones que en realidad es un lince para la estafa y que alardea de sus logros profesionales simulando uno de los actos más lesivos sobre la dignidad de un hombre (independientemente de su orientación sexual) por ser una metáfora de “te estoy jodiendo”, en este caso económicamente.

Esa película exploraba uno de los aspectos más sucios de la gestión del dinero en la sociedad contemporánea. Scorsese no ha sido el único cineasta que se ha preocupado por esta cuestión, desde el éxito de *Wall Street* (Oliver Stone, 1987) bastantes han sido los guiones cinematográficos inspirados por casos de bancarrota, malos negocios en bolsa, compra de activos, contratos millonarios de altura, gestiones financieras vinculadas con el crimen organizado, etcétera; posiblemente haya miles de guiones con esta cuestión en un segundo plano. También ha sido un argumento habitual en la novela de consumo, y se aprecia en otros medios de comunicación, como el cómic, si bien es verdad que lo más



habitual es el argumento centrado en la figura del apolíneo millonario o empresario que se acerca demasiado al calor cegador del dinero. Los casos en los que el protagonista es el estafado son menos, aunque en el cine también los ha habido (*Assault on Wall Street*, de Uwe Boll, estaría en un extremo; *Margin Call*, de J. C. Chandor, en el otro).

En el cómic no ha sido tema habitual, aunque hay casos emblemáticos de tramas financieras en muchas vidas de superhéroes (como Iron Man o Spider-Man), tebeos franco-belgas que tienen este asunto como eje principal (*Largo Winch*, *Ghost Money*) y algunas obras destinadas a tratar este asunto directamente, como *El negocio de los negocios*, obra de Astier, Robert y Lindingre. En España no ha sido muy habitual el tema salvo para practicar la crítica ácrata (varios tebeos de Marcos Prior), la alegoría (ahí tienen a Santiago Valenzuela), o directamente para ejercitar la sátira (casi toda la obra de Brieva), pero los relatos largos centrados en la crisis financiera y la corrupción que lleva aparejada no han abundado demasiado hasta recientes fechas, cuando la historieta ha encontrado rutas para la protesta alejadas de la fantasía. El hecho de que el cómic haya dejado de ser un medio de masas tiene parte de culpa de este viraje hacia el compromiso social o político, porque en los estándares narrativos de la cultura popular producida para el consumo y el puro entretenimiento no caben muchas profundidades sobre los males que realmente corroen al mundo, que generalmente se reducen a dos. Uno es el odio, naturalmente. El otro es la codicia.

Trabajar en la historieta con uno de estos asuntos de fondo no es fácil. Es un tema algo grisáceo del que cuesta hablar con casi todo el mundo y que no suele apetecer. La vida de los que se lucran o la de los que pierden una fortuna tiene su atractivo, pero la existencia de quien lucha humildemente por sobrevivir o de quien es víctima de un fraude a nadie interesa. Para abordar esto hay que llegar al escenario narrativo con muchas tablas y enfrentarse al relato sin mostrar miedo a esa quebradiza línea del éxito que persigue todo autor. Esas agallas las exhibe orgulloso Miguelanxo Prado, que tras su flamante Premio Nacional nos ha sorprendido con una obra policíaca gris titulada *Presas fáciles* (Norma, 2016) en la que aborda el asunto de las acciones preferentes, los desahucios y la



corrupción política en nuestro país. Prado es un maestro de la creación de atmósferas y de personajes, como bien ha demostrado a lo largo de su carrera, en la que ha tratado en profundidad algunos de las preocupaciones humanas actuales: la falta de comunicación y la fragilidad de la memoria. En este libro aborda otro tema tan preocupante en nuestro tiempo como lo es la perturbación de la ética. O su demolición. El tebeo, exquisitamente editado sin color, cuenta en noventa páginas el singular caso de una población gallega en la que varios bancarios comienzan a ser asesinados de manera sistemática siguiendo un esquema jerárquico. La única vinculación entre ellos era la participación (como empleados) en las campañas de venta de acciones preferentes y de las gestiones para conceder hipotecas u otro tipo de préstamos o negocios que tenían “letra pequeña”, y que han acabado sumiendo en la desorientación o directamente en la miseria a muchos incautos confiados. Prado pone al frente de la investigación a una mujer, soltera y sola, emocionalmente fuerte e ideológicamente de izquierdas, que demuestra gran entereza para llevar adelante las investigaciones y que tiene que esforzarse por no tomar partido por los culpables de los crímenes. Es aquí donde reside la grandeza de este tebeo que en una primera lectura parece un simple recorrido por un informe policial ilustrado con bustos y cabezas parlantes. De hecho, resulta lento, y debido al escaso desarrollo emocional de los protagonistas todo fluye apaciguado por los tiempos medidos y por los grises del acabado de las viñetas. Y esto dura hasta el momento en el que uno de los responsables de los crímenes declara las razones que los motivaron, la podredumbre del sistema, la ruptura del contrato social.

Esta alusión a Rousseau no se hace gratuitamente, porque una de las desembocaduras del planteamiento de la hipótesis explicativa de la autoridad política fue la teoría contractualista de John Rawls, según la cual se pueden restablecer unos “principios generales de justicia” si ciertos individuos actúan bajo el llamado *velo de ignorancia*. Esta teoría quería alcanzar la justicia como equidad, pero el liberalismo político mal entendido ha terminado pervirtiendo esa idea de un modo harto peligroso, por un lado, llevando el liberalismo a ultranza (hasta la corrupción de la clase política y financiera) y, por el otro, generando un



florecimiento del populismo revanchista. Son consecuencias no deseadas del (aparentemente) insuperable problema de la justicia distributiva, que ni economistas, ni politólogos ni filósofos han solventado.

Prado muestra en su tebeo una posibilidad que no deja de repetirse una y otra vez en los medios hoy, no ya como eslogan, también como ficción: ¿En qué momento el oprimido puede rebelarse contra el sistema y cómo hacerlo si los responsables de la podredumbre son inalcanzables? Una de las formas habituales de resolverlo en la ficción es violentamente, con la administración de la muerte incluso, como un fin de llamar la atención sobre el oprimido. Pero esto abre otro debate de carácter moral, uno sobre la corrupción de la ética humana en sí misma, porque agrediendo a los empleados del sistema solo dañas a quienes también forman parte de ese entramado de vidas y afanes que el propio sistema controla. En el cine de acción es cada vez más habitual encontrar resoluciones a conflictos de este tipo, con el asesinato de uno de los responsables, el ataque terrorista sobre un símbolo o la venganza contra una delegación. Pero es imposible atacar de una manera eficaz al mismo corazón del sistema financiero, bien porque carece de él, bien porque está tan extendido que ya resulta casi imposible acabar con sus manejos.

Prado lo sabe y nos coloca en esa tesitura de aplaudir al explotado que se desfoga y que aplica su rencor sobre... otro explotado, solo que este además resulta ser un transmisor de las imposiciones del sistema. Y lo terrible es lo que flota al final del tebeo, esa idea de “culpabilidad” no asumida. Porque en cierta manera todos seguimos alimentando este organismo que se corrompe y que nos corrompe, todos usamos sus delegaciones, aspiramos a sus regalías, todos ambicionamos la riqueza y disfrutamos con sus promociones comerciales, fuente de dicha. Más que nunca, la felicidad del mundo desarrollado está pendiente de la posibilidad de gastar (y luego poder declararlo por una red social que alimenta una de las mayores explotaciones capitalistas de la historia). Por fortuna tenemos esa posibilidad de desfogue, de protestar contra los injustos tejemanejes de quienes nos prestan, de desear destruirlos e incluso —en la ficción— de asesinarlos, o al menos a sus representantes. Eso siempre consuela un poco.



Atención, no se trata de un tebeo sobre la tragedia de ser un jubilado en España en el siglo XXI. No es un cómic sobre la tercera edad ni sobre un grupo marginado. Se trata de un libro sobre personas que son posible objetivo de las artimañas de los codiciosos. Las presas fáciles somos todos.